

MALASPINA, Alessandro: *A translation of Alessandro Malaspina's Meditación sobre lo Bello en la Naturaleza*. Edición bilingüe (castellano/inglés) a cargo de John Black y de Oscar Clemotte-Silvero; prefacio de John Gascoigne. The Edwin Mellen Press, Lewinston (USA), Queenston (Canadá), Lampeter (UK), 2007, 226 pp.

La *Meditación sobre lo Bello en la Naturaleza* (1798) es considerada “la obra más filosófica de los escritos de prisión” (p. xi) de Alessandro Malaspina (1754-1810), quien en vida fuera navegador, naturalista e investigador, de origen italiano aunque sus lazos con España fueran muy estrechos. La obra en cuestión<sup>1</sup> fue escrita “en la mitad de su vida”, tal y como él mismo lo menciona, aunque por desgracia se hallara encarcelado en ese momento en la fortaleza de San Antón, en la Coruña<sup>2</sup>, bajo el cargo de rebelión contra el Estado; así, pues, la reflexión que nuestro autor esbozara en torno a la estética constituyó una suerte de consuelo en dicho periodo.

Malaspina comienza la reflexión con una alusión a un texto de “los Diarios de Madrid”<sup>3</sup> (1795), donde se trató “la cuestión harto trillada, [de] si existía o no en la Naturaleza un Bello esencial, invariable e independiente de la opinión de los hombres” (p. 2).

El autor sostiene, en este sentido, que la existencia de una belleza inherente al objeto es necesaria, pero, a su vez, una actitud contemplativa y abierta por parte del espectador resultará también imprescindible en la posible captación de lo bello; “... así para que un objeto eccite en mí la idea de la Belleza en un grado cualquiera, no sólo es preciso que tenga en sí el mismo grado de belleza individual, sino también que mis órganos y mi mente sean bien dispuestos para las percepciones del placer y la admiración.” (p. 22) Es decir, que desde una perspectiva axiológica de la estética, Malaspina sostendría una postura intermedia, puesto que tanto el sujeto como el objeto son factores determinantes en la experiencia de lo bello.

- 1 Las citas de la obra de Malaspina presentadas a lo largo de la reseña conservan el estilo empleado por el autor, el cual incluye algunas variantes ortográficas y ciertos italianismos, y emplea indistintamente mayúsculas y minúsculas para palabras como ‘belleza’, ‘naturaleza’, y otras.
- 2 Allí permaneció desde 1796 hasta 1802, cuando sería liberado por intervención de Napoleón Bonaparte. Cf. p. xiv. Malaspina, antes de ser encarcelado, había sido también perseguido por herejía. Black nos indica que el retrato del autor se halla indudablemente ensombrecido por el periodo de ostracismo y aprisionamiento político en el que se encontraba cuando escribió varias de sus obras, las cuales, hasta hace apenas dos décadas, permanecieron sin ver la luz (de hecho, algunas de ellas han quedado inéditas).
- 3 Dicho texto, escrito anónimamente, ha sido recogido en un apéndice al final de la obra.

No podremos negar -por tanto- que el grado de belleza de un gusano es inferior al que se nos muestra cuando contemplamos estáticamente al “Autor de la Naturaleza”, de lo contrario estaríamos trastocando “las ideas, y lo grande y magestuoso con lo pequeño e imperceptible” (p. 22).

Nuestro autor concede a la naturaleza la posesión suprema de lo “Bello esencial”; el arte, por el contrario, se limitaría a ser una mera “copia” de aquélla; es indudable, en este respecto, que las resonancias platónicas de estos planteamientos resultan ineludibles.

“Comparo las obras del arte con las de la Naturaleza: aquéllas no son sino imitaciones de estotras, y en tanto se gradúa el arte de más sobresaliente, en cuanto se acerca a la naturaleza. Mas aún después ¿Qué limitadas no son estas mismas imitaciones, y qué distancias no hay de las unas a las otras? El arte sólo copia lo exterior de la Naturaleza dexando, como fuera del alcance su imitación y comprensión todos los resortes y principios internos mas dignos de admiración. El arte sólo copia lo más diminuto de la Naturaleza” (p. 8).

Debemos señalar que si bien es cierto que Malaspina comparte muchos aspectos de la “filosofía del arte” platónica (si es que nos es permitido expresarlo de este modo, por el anacronismo en el que incurre la frase), no podemos negar que entre ambos pensadores destacan notables diferencias<sup>4</sup>. Una de ellas es, por ejemplo, la importancia que el navegante concede a la imaginación y a los poetas, pues sin ella “ni los peces pastarán en los campos, ni los cuadrúpedos abitarán en las grutas del océano... Hay además en los esfuerzos de la imaginación lo elevado y sublime que en tanto nos place y deleyta, en cuanto nos acerca más a la idea del Infinito” (p. 18).

“Lo Bello en la Naturaleza” presentará además dos características primordiales, a saber, el orden y la variedad (p. 26). La naturaleza, por tanto, en su vasta diversidad, se cubrirá con un velo hilvanado por el orden, que la unificará<sup>5</sup>. Este or-

4 Aunque Platón mostró una actitud ambivalente hacia los poetas, en este punto nos referimos a su propuesta de expulsarlos de su “república”.

5 Los innumerables viajes que Malaspina realizó, tal y como lo menciona John Gascoigne en el prefacio de la obra, le facilitarían comprender el mundo de esta manera. En la Nota E de la *Meditación* el autor ratificaría esa opinión, pues dice: “[E] sólo examen imparcial de la Naturaleza habíame guiado a no apartarme... en la consideración de una belleza permanente... Con haber recorrido una buena parte del Globo, haber abitado las mares por espacio de veinte años, y gozado por ambos medios de las bellezas inefables y siempre varias de [l]a Naturaleza...” (p. 74).

den presente en la naturaleza irá, por lo demás, avanzando en una escala ascendente que partiría de lo inanimado irracional hasta llegar a Dios, pasando antes por los estadios de lo animado irracional y de lo animado racional (pp. 12-14). De todo ello se desprende que para Malaspina el ser humano constituye la obra cumbre del Creador (pp. 38-40), logrando articular así los dogmas de la fe cristiana con los ideales de la Ilustración. El “Ser Supremo”, por tanto, nos es revelado gracias a la contemplación estética (p. 88), puesto que la perfección de su obra se halla presente en todos y cada uno de los estratos de la existencia.

Por otra parte, el autor diferenciaría entre el placer, la admiración y la adoración, por medio del uso de la razón (p. 20). El placer y las pasiones resultan peligrosos pues, al embotar los sentidos, confunden a la razón, haciendo pasar lo hermoso permanente por lo hermoso momentáneo (p. 52). Como él dice: “¡Oh quanto se apartaron de la percepción de la Belleza suprema lo que querían buscarla en la sola sensación agradable, esto es en la sola relación de los objetos con nuestros goces! Bastaba esta ilusión para descarriarse de la verdad...” (p. 16) La admiración, por el contrario, es “una acción del alma, que recorriendo atentamente el universo real, juzga de la excelencia de sus individuos...” (p. 28) Los grados ascendentes de admiración terminarán conduciendo a la adoración, “aquel devoto anonadamiento que en mí producen la inmensidad de las bellezas naturales, la cortedad de mis talentos para imitarlas, y el vuelo incesante de la imaginación ansiosa por elevarse a el origen y sabiduría del Universo.” (p. 30)

Malaspina explica que por mucho tiempo el ser humano adoró todo aquello que no comprendía pero luego, gracias al estudio ordenado de la naturaleza, “pudo elevarse finalmente a la adoración convincente del Ser Supremo.” (p. 32)

La ética y la estética<sup>6</sup> confluyen entonces dado que la admiración de lo bello provocará en el espectador la necesidad de imitar en el plano moral el orden y la variedad que observa en la naturaleza. Este intento, “y el coadyuvar en quanto pueda a el orden universal que [Dios ha] establecido...producirá en mi pecho aquella alegría sólida, y duradera de que me has echo capaz” (p. 32). La extrapolación de lo bello en la naturaleza al campo de la moral conduciría, pues, a la felicidad.

Para nuestro autor la facultad racional nos permite vivir la vida de un modo más feliz (en comparación con los animales) pero la conciencia de la muerte traerá también, como contrapartida, muchos pesares<sup>7</sup>. A consecuencia de ello Malaspina

6 El autor aborda la relación entre la ética y la estética con mayor detalle en las pp. 152-158.

7 “[E]l hombre está sujeto a la destrucción...como todos los demás vivientes, y su poder que le constituye soberano de la creación, y su facultad de pensar, que inconsideradamente le nutre con la esperanza de poder vencer las leyes de la Naturaleza, no son en

planteará que el grado de perfectibilidad alcanzable por el hombre se limitará –meramente- a que sus males sean más tolerables, siendo necesario replantear lo “lícito” de modo que pueda haber un disfrute más o menos compensatorio (p. 142). Estas palabras, sin duda, nos resultan muy interesantes, sobre todo porque notamos que el carácter optimista del autor no le cegó ante ciertas características anímicas, intrínsecamente humanas.

Por último, debemos señalar que una de las cosas más sorprendentes de este libro es la ausencia de una referencia explícita a los autores contemporáneos de Malaspina más paradigmáticos en el ámbito de la estética: Baumgarten, Winckelmann, Kant o Burke brillan en la obra por su ausencia<sup>8</sup>, lo cual se hace más llamativo aún si consideramos que para la época de la *Meditación* estos pensadores ya habían publicado importantes trabajos en relación al problema de la estética. Malaspina fue un asiduo lector, por lo que, en contrapartida, cita en numerosas ocasiones a Locke, Fontenelle, Shaftesbury, Montesquieu, Buffon, Hume, Rousseau, Condillac, Helvetius, y Condorcet, entre otros. Esto, en contra de lo que se pudiera pensar, dota a la obra de un cariz interesante, puesto que ello nos permite pensar que el autor no se limitó a resumir una serie de ideas ya existentes en su época, sino que, por el contrario, construyó un tratado filosófico-estético que, al hallarse tejido con una narrativa autobiográfica y enriquecido con sus opiniones en torno a la política y la religión de su época, lo convierten en un documento único, digno de ser estudiado.

**Mandy Toro**

**Universidad del Zulia, Venezuela**

**mandytoro@gmail.com**

esta parte sino dos medios de compensación, que si hacen su vida más feliz, concurren también las más veces a hacer más infeliz su último término.” (p. 92)

- 8 Aunque varios pasajes del texto sugieren, sin embargo, que Malaspina sí pudo haber conocido algunos de los trabajos de Kant. Así, cuando dice por ejemplo, que “lo grande reunido a lo terrible es lo que forma las impresiones más fuertes” no podemos dejar de recordar los pasajes kantianos de la *Crítica de la facultad de juzgar* (1781) o de *Lo bello y lo sublime. Ensayo de estética y moral* (1764).